

tre, y el abatido ánimo del general, le espresó la amargura de su situación en esta lacónica respuesta. «Por mis pecados me ha sucedido esta desgracia, dijo Sandoval.» Después entró el general en una conversacion con su querido teniente, en la que manifestó la resolución de suspender algunos dias la actividad de las operaciones, y por estar su salud bien quebrantada por las heridas y fatigas, le encargó hacer sus veces para cuidar del exacto cumplimiento de sus órdenes en los tres campos, particularmente en el de Alvarado, pues aunque confiaba mucho en el valor y bizarría de este gefe, tenia demasiados motivos para temer de su falta de prudencia, tanto más cuanto era mayor la astucia de los mexicanos. (7)

CAPITULO XXVIII.

Sacrificio de los prisioneros: desercion de los aliados: combate de los bergantines: estragos del hambre en la ciudad: heroica resolución de los mexicanos.

Cuando Sandoval volvía á su campo, la tarde habia avanzado bastante: el cielo estaba sereno, y el sol que lentamente caminaba á reflejarse en su ocaso, esparcía una suave claridad sobre la gran Tenoxtilitan, que por la inmediacion al campamento español, dejaba ver en toda su horrorosa deformidad, las escenas de que era teatro, merced á la diáfana y trasparente atmósfera de aquella tranquila tarde. Lo apacible de aquella hora no correspondia á la agitacion que en la mañana resonó en la capital de los aztecas, derramándose á torrentes la sangre en el furioso

7 Bernal Diaz cap. 152.

combate á que sitiados y sitiadores se entregaron en las calles de la metrópoli: los asaltantes exhaustos de fuerza por la sangre que perdieron con las heridas y las fatigas de la lucha, necesitaban reposo para recobrar su vigor y curar el quebranto de sus ánimos abatidos, así por el fatal resultado de aquel temerario asalto, como por la pérdida de tantos compañeros: los mexicanos por el contrario, con aquel espléndido triunfo, olvidaban las penalidades de sus vigiliias y de aquella encarnizada lucha, sostenida con tan heroica constancia por tantos dias; y si en aquel momento no salian á combatir á sus desmoralizados enemigos, era porque un deber religioso los llamaba á un acto tan bárbaro para los cristianos, cuanto agradable y solemne para aquellos supersticiosos espíritus.

En medio de la calma de la tarde, toda la ciudad y hasta los confines del valle se estremecieron, á los lúgubresacentos del «teponaxtli» colocado en el gran «teocalli» del dios de la guerra: aquel ronco instrumento, que segun el veterano Diaz, era «un tambor de muy triste sonido, en fin, como instrumentos de demonios.» (1) resonó en los oídos de los españoles, aumentando la angustia de sus destrozados corazones, con las voces tétricas que traian á su imaginacion las pavorosas escenas de la noche triste, única vez que lo habian oído. Sabian que aquel instrumento estaba destinado para convocar con sus fúnebres vibraciones á algun acto solemne de religion en el abominable santuario de la sanguinaria divinidad de las aztecas: y todos los soldados salieron de sus tiendas sobrecogidos de espanto, para dirigir sus vacilantes miradas hácia la gran columna, de donde se hacian escuchar las tristes voces del gran teponaxtli. Los cuarteles de Alvarado estaban á una distancia tan corta de la ciudad que con el auxilio

1 His. de la conq. cap. 152.

de la claridad con que el sol en sus postreros rayos bañaba la gran plaza, pudieron ser testigos de la bárbara fiesta con que los aztecas rendían culto á su divinidad por el triunfo de la mañana é imploraban su auxilio para llevar adelante el esterminio de los que ellos llamaban sus sacrílegos enemigos. Una larga procesion salida de los palacios reales, recorrió la estensa plaza en que se elevaba la pirámide del templo: las filas de los sacerdotes, nobles y guerreros, subieron las elevadas escaleras del «teocalli;» y cuando estuvieron en la plana superficie que componia el atrio superior, por entre ellos se acercaron á la piedra de los sacrificios, las víctimas cuyos desnudos cuerpos por la blancura del cútis dieron á conocer á los soldados castellanos, ser sus desgraciados compañeros, tomados prisioneros en la mañana. Estos desdichados iban con las cabezas adornadas de vistosos plumeros, formando coronas y guirnaldas, y en sus manos ostentaban tambien preciosos abanicos: los acompañaban algunos guerreros que dancaban al son del «huehuetl» y de las penetrantes flautillas de carrizo; y llegando á la gran piedra convexa donde estaban los verdugos que ejercian las funciones sacerdotales, con sus aterradores mantos negros y relumbrantes cuchillos de obsidiana, una tras otra de las víctimas fué siendo despojada de sus galas, tendida en la ara inmunda de aquellos repugnantes sacrificios, y herida por el pecho, por donde se le arrancaba el corazon, que aun palpitante, se ofrecia á la mentida divinidad, colocándolo en el perfumador de oro que estaba en su presencia. El cuerpo de la víctima se arrojaba luego por las escaleras, recogiéndolo abajo los dueños de ella, que como hambrientos buitres iban á preparar á sus casas el festin de caníbales para completar lo espantoso y abominable de aquel cuadro.

Este horroroso espectáculo hacia temblar á los asombrados españoles, que ya se imaginaban cercana la hora

de verse tambien en aquel triste confluicto y derramaban lágrimas de temor al ver el fin trágico de sus desdichados compañeros, sin poder prestarles auxilio para escapar de aquella horrible suerte. Jamás se borró de su imaginacion lo espantable de aquella escena y de ahí adelante no podían estar en presencia de sus feroces enemigos, sino preocupados de un influjo siniestro que como nunca, les hacia temblar el corazon y temer la muerte. (2) Los soldados mexicanos que estaban cubriendo la línea en presencia de los sitiadores, segun los sentimientos de sus sangrientos ritos religiosos, sintieron un placer tan grande á la presencia de aquel espectáculo, que deseando en aquel acto presentar á todos sus contrarios como ofrenda á sus crueles deidades, lanzaron un grito que vino á completar el horror de los sitiadores, lanzándose en seguida sobre ellos con el ímpetu que una ave de rapiña se arroja sobre su presa; pero la misma espantosa escena que tenia lugar en el teocalli habia puesto en alarma á los españoles, que con el fuego mortífero de sus armas, descompusieron á las filas aztecas, que con bastante pérdida, tuvieron que replegarse á sus trincheras.

Por cosa de ocho dias los mexicanos se entregaron á grandes fiestas celebrando su victoria, teniendo sus festines para gustar la carne de sus víctimas: los sacerdotes reanimaron el espíritu del jóven monarca, representándole á la tremenda divinidad de la guerra, aplacada por los sacrificios que se le habian ofrecido con sus mismos enemigos, dispuesta á tomar de nuevo bajo su amparo la causa de los atribulados aztecas, hasta entregar en sus manos á todos sus enemigos; y por su parte Quauhtemotzin, para levantar el decaido espíritu de sus vasallos de las otras ciudades, y hacer desertar á los de la alianza con los espa-

2 Bernal Diaz.

ñoles, mandó por varios pueblos las cabezas de las víctimas.

La prediccion que los sacerdotes hicieron ante el, levantó extraordinariamente el espíritu público de aquella ciudad que con tanto denuedo habia sostenido sus derechos contra los españoles y los millares de sus aliados: el contento público se manifestaba en todas partes; y los soldados de la línea avanzada, que estaba á muy corta distancia de los sitiadores, pronto la comunicaron á ellos, que aunque fué oida con desprecio por los españoles, no por eso les fué menos funesta en sus consecuencias. Los numerosos ejércitos aliados de los naturales, participaban del mismo espíritu de supersticion que los mexicanos y por lo mismo no dudaron la realizacion de aquel oráculo, de cuyos terribles estragos no veian otro modo de escapar, que separándose de la compañía de los extranjeros que habian provocado la cólera de los dioses nacionales, antes que se cumpliera la tremenda prediccion. Así es, que favorecidos de las tenebrosas sombras de la noche fueron escapándose de aquella peligrosa compañía, sin quedar en el campo cristiano, sino el príncipe tezcucano D. Carlos Iztlixochitl y el famoso tlaxcalteca chichimecatl, ambos con pequeñas fuerzas de sus nacionales.

Los españoles conocian que aquello no podia ser efecto de otra cosa, que de la excesiva supersticion de aquellos, á quienes oprimia el corazon la idea de haber vuelto sus armas contra los dioses de la patria; pero sin poderlo evitar, veian desaparecer la muchedumbre de sus aliados, en cuyo número confiaban para el éxito de su empresa y cada día se hacia mas amarga y penosa su situacion, temiendo á cada hora caer en las garras de sus enemigos, y tener el mismo trágico fin que sus compañeros que los habian precedido en aumentar el número de sus abominables sacrificios. Por otra parte, se consumían sus provisiones, y aunque las de boca podian tomarlas saliendo á forragear

con algun riesgo en los lugares mas próximos, en las de guerra tenian una pérdida irreparable. A esto se agregaba lo mal parado de todo el ejército, por los muchos heridos que contaba y las vigiliass y continuas fatigas que cada día eran mayores, así por las constantes salidas que hacian los sitiados para atacar sus campamentos, como por lo que constantemente se reducía su número á causa de las continuas discusiones de los aliados. Pero lo que mas les atemorizaba, era la sangrienta y criminal orgía á que los mexicanos se entregaban todas las noches en medio de grandes iluminaciones en las mas encumbradas cimas de sus teocallis y los horrorosos gritos con que hacian helar la sangre de sus contrarios. Despues de muchos años, aun se presentaban aquellos lúgubres acontecimientos á la asombrada imaginacion de Bernal Diaz, como la aparicion de un espectro ó de algun funesto sueño. «Digamos ahora, dice el valeroso castellano, lo que los mexicanos hacian de noche en sus grandes y altas casas, y es que tañian su maldito atambor que dije otra vez, que era el de mas maldito sonido y mas triste que se podia inventar, y sonaba muy lejos y tañian otros peores instrumentos, En fin, cosas diabólicas, y tenian grandes lumbres y daban grandísimos gritos y silvos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros.» 4 Fué una situacion verdaderamente crítica en la que llegaron á verse los españoles; mas sin embargo, Cortés nunca manifestó desaliento, ni en su porte exterior indicó temor alguno por los grandes riesgos que los cercaban, y que ciertamente á otro hombre de menos temple de alma, lo habrian hecho abandonar la empresa en esta crisis; pero él por el contrario siempre lleno de confianza, mantuvo la union de sus compañeros; pues tenia sobrado conocimiento de los vaivenes de

4. Cap. 153:

la caprichosa fortuna, y mas que todo, de la volubilidad de todos aquellos pueblos, que á las creencias supersticiosas; daban un lugar preferente al adoptar sus resoluciones. Así pues determinó estar firme en su puesto, esperando que soplara un viento favorable: así como hubo uno contrario que lo aglomeró de cuidados: esta constancia, que seria heróica, si por otra parte no hubiera sido necesaria, salvó á Cortés y sus compañeros, porque pasados unos dias, se pasó tambien aquel influjo funesto que se ejerció sobre ellos, como por algun astro errante ó un espíritu maléfico.

En estos dias de verdadera angustia para los españoles, el intrépido monarca azteca animado por el fuego de su espíritu y alentado con el feliz augurio de los oráculos sacerdotales, se esforzó cuanto pudo para poner de su parte los medios que debian contribuir á la realizacion del exterminio de sus enemigos y salvar á su imperio de la ruina que lo amenazaba. Y no solo se limitó á molestar á sus contrarios, con las inútiles salidas que hacian sus batallones por las calzadas, sino que puso en juego tambien á sus guerreros, en la superficie de las aguas, usando de todas las estrategias que pudo aconsejar la astucia tan característica en la nacion azteca. Habia mandado construir treinta barcas grandes, llamadas «piraguas» por los españoles, cubiertas de gruesos tablados en los que se parapetaron los soldados y pudieron abrigarse contra los tiros de los marinos castellanos. Esta escuadrilla, bien provista de todo lo necesario para un combate, la mandó emboscar en un sitio de la laguna, donde habian crecido mas los juncos: otras pequeñas embarcaciones, salieron á desafiar el poder de los bergantines, arrastrándolos al lugar de la emboscada, donde habia clavadas gruesas estacas en que chocasen y se destruyeran los buques de Cortés; y cuando estos se aproximaran,

estando entorpecidos por el estorbo oculto debajo de las aguas, salieran las barcas indígenas, dando muerte y apriisionando la tribulacion española.

Grande fué el riesgo que corrió la escuadrilla de Cortés y casi todos los marinos fueron heridos, incluso dos capitanes, de los cuales uno murió en el acto y otro pocos dias despues; mas advertidos de las causas del daño, algunos diestros nadadores se echaron al agua y arrancaron las estacas, con lo cual pudo obrar la artillería y en pocos momentos destruyó las piraguas enemigas, muchas de las que se fueron á pique. Quauhtemótzin mandó reparar sus barcas y repetir la celada en otro punto; pero advertido Cortés, usó de la misma astucia, poniendo él á su vez otra emboscada, con lo que causó bastante daño á sus contrarios.

Mientras los españoles luchaban así para conjurar aquella tempestad que se habia desatado en su contra, pasaron los dias marcados por los necios y supersticiosos sacerdotes, que habian fijado el completo triunfo de las armas mexicanas antes de ocho dias de su primera victoria; y no habiéndose verificado la prediccion y antes bien los españoles aunque abandonados de sus aliados, seguian sosteniendo el sitio con la misma constancia, mandaron avisarlo así á sus nacionales los gefes tezcucanos y tlaxcalteca que permanecieron fieles á Cortés, y pronto volvieron las tropas separadas del campo, avergonzadas de su cobarde credulidad, lo mismo que las de otros muchos pueblos donde pronto se difundió tambien la misma noticia. (4)

En estos dias se presentó á Cortés una embajada de la ciudad de Quauhnahuac, representándole el peligro que les amenazaba, pues los malanilalqueses y matlanziques, se preparaban á hostilizarles por la alianza que habian

4 Bernal Diaz, cap. 152. Herrera, dec. 3.ª lib. 2, cap. 20.

hecho con los españoles y al mismo tiempo demandaban su apoyo para contrarestar el poder de sus enemigos aliados. El general estaba mas bien en estado de recibir socorro, que de darlo al que de él lo demandara: y sus capitanes le aconsejaban negarse en esta vez á la solicitud; pero él hizo como nunca, uso del carácter propio de su nacion, ocultando su propia debilidad tras de una aparente arrogancia. "Dios sabe el peligro en que todos estamos, respondió á los suyos; pero como nos conviene mostrar mas fuerza y ánimo que nunca, y morir peleando, disimulemos nuestra flaqueza, así con los amigos como con los enemigos." (5) Dispuso que Tapia saliera con una fuerza por una direccion y Sandoval por otra, con órden de volver precisamente en término de diez dias, cualquiera que fuera el éxito de su expedicion: ambos capitanes salieron y desempeñaron su comision cumplidamente, pues encontraron al enemigo; y habiéndolo batido con buena suerte, volvieron á su campamento donde habia pasado ya aquel funesto influjo que por algunos dias los tuvo reducidos á la mayor congoja.

A la vuelta de los capitanes, ya los aliados que habian desertado del campo, estaban de nuevo incorporados con sus compañeros: á causa de los triunfos de Tapia y Sandoval, otros muchos pueblos asombrados del poder de los españoles, vinieron á ofrecer su alianza y sus ejércitos, con lo cual aumentó tanto el de los sitiadores, que en un momento se vieron con la aglomeracion de tropas mayor que con las que habian empezado el sitio. No paró en esto el favor con que la fortuna prodigó sus favores á los conquistadores, pues en esos dias llegó á Veracruz un buque cargado con provisiones, las cuales inmediatamente fueron compradas por el comandante de la colonia y man-

5 3.ª carta, pág. 275.

dadas á México, con cuyo auxilio Cortés creyó proseguir las operaciones del sitio con la actividad que se requeria para concluirlo.

El príncipe Ixtlilxochitl habia aconsejado al general, no esponerse á nuevas pérdidas en infructuosos ataques, ni arruinar los bellos edificios de la capital, (6) limitándose á impedir la entrada de víveres para que consumiendo las provisiones que tenian, pudieran rendirse los habitantes, sin tener que lamentar los estragos á que habian dado lugar los sangrientos combates de los dias anteriores. Era un proyecto tan conforme á los deseos del general, que segun su misma confesion, su mayor deseo era apoderarse de la hermosa ciudad sin detrimento de sus magníficos palacios, y no pudo menos que adoptarlo de pronto, dando un abrazo al jóven indio, significándole la gratitud con que veía tan prudente consejo; pero no siendo soportable para Cortés aquella inaccion del todo opuesta á su carácter activo y emprendedor, luego la abandonó para seguir su antiguo plan de hostilidades, aumentandolo con todos los horrores de la devastacion. No debia darse un paso adelante, sin dejar asegurado todo el terreno así para el caso de una retirada como para espeditar las maniobras de la artillería y la caballería, de cuyas dos armas se esperaba principalmente el buen término de aquel dilatado y penoso sitio: y para esto se acordó destruir todos los edificios fueran grandes ó pequeños, palacio, templo ó chosa; empleando sus escombros para rellenar los canales y acequias que fueran quedando atras, convirtiendo así todo en tierra firme, aunque para esta destruccion hubiera de emplearse mucho tiempo. (7)

No se habia manifestado aun el pensamiento del gene-

6 Clavigero, tom. 2.º pag. 174.—7 3.ª cart. de Cortés, pag. 279.

ral, cuando los naturales de todos los pueblos para quienes se habia hecho intolerable el yugo de los mexicanos, llenos de la mayor satisfaccion, concurrieron á millares preparados con sus coas, azadas y otros instrumentos de labranza, para cooperar á esta obra de desolacion.

Luego el ejército se puso á ejecutar el plan concebido por el general, ayudado eficazmente por aquella falange de operarios destructores, siendo el primero el mismo Cortés, que con sus propias manos arrancaba los materiales que formaban los muros de los edificios, llevándolos á tertraplenar con ellos, las cortaduras de los fosos y canales, que á pesar del crecido esfuerzo de los mexicanos, pronto quedaron cubiertos, facilitando así los movimientos de la caballería, como de la artillería, baje cuyos fuegos avanzaban en el esterminio de la ciudad.

De esta manera, los mexicanos cada dia se veían en mayor conflicto, pues las provisiones eran á cada instante mas escasas: y á pesar, que aprovechaban según sus bárbaras costumbres, los restos de las víctimas de sus sacrificios y de la guerra, era este un recurso muy precario, para atender á tan numeroso pueblo como se contenía en la populosa ciudad; y sus hambrientos habitantes, tenían que revoltear la tierra para sacar algunas raices ó hallar algunos ratones ó lagartijas: de suerte que como era natural, aquel espectro demacrado de la hambre, con su repugnante cortejo de horrores y calamidades, cada dia era mas funesto para la infeliz ciudad, que se reanimó por un momento con un pasajero brillo de esperanza; pero que este se ofuscó luego, estendiéndose una fatídica sombra sobre la capital culpable, cuyos dias estaban contados.

Horrible era el estado de la ciudad: la cercaba un ejército numeroso de enemigos, que estaban resueltos á no dejar piedra sobre piedra, antes de hacer sentir á sus enemigos, todo el terrible peso de su cólera: millares de ca-

dáveres esparcidos por las calles, á la vez de corromper la atmósfera, presentaban un cuadro de horror: las enfermedades se cebaban en aquella hacinada reunion; y la hambre habia convertido á los bravos aztecas, en unos fantasmas escuálidos, que languidecian por la falta de alimentos. Al entrar á las casas que iban demoliendo los sitiadores, se veían los cuadros mas lúgubres: algun hombre acribillado de heridas, ó mutilado horriblemente al mortífero efecto de las armas castellanas: alguna infeliz muger ó un pobre anciano, agoviado con los efectos de una atmósfera envenenada; ó una desgraciada madre con el fruto de sus entrañas espirando en sus brazos, por carecer hasta del alimento que la naturaleza le preparara en su misma sustancia para amamantar á su hijo idolatrado. Pero la altivez del carácter azteca, se probó hasta en estos supremos momentos, pues todos estos esqueletos movientes que apenas se rebuian en el fondo de las demolidas habitaciones, cuando los sitiadores penetraban sus destruidos muros, léjos de proferir una palabra suplicante ó hacer un ademán deprecatorio, hacian un esfuerzo para alejarse de la presencia de sus odiados enemigos; y despues de una inútil fatiga para resbalarse un poco sobre el suelo, lanzaban sobre los agresores una feroz mirada, expresion elocuente de la rabia que hacia latir aquellos agonizantes corazones. Las entrañas del conquistador, no dejaron de conmoverse á la vista de estos aterradores espectáculos, y se dice haber dado orden de guardar consideracion á estos miserables; mas la feroz alegría de los aliados, deseosos de desbaratar hasta los cimientos de la opresora monarquía azteca, no podia contenerse con tanta facilidad y en la ejecucion de las órdenes devastadoras, arruinaban los edificios de Tenoxtitlan sepultando entre sus ruinas, muertos, agonizantes y vivos, quedando allí confundidos entre los escombros, los lastimeros acen-

tos de la agonía, con las terribles imprecaciones del guerrero, que despues de sus esfuerzos no podia contener la feroz venganza de sus enemigos.

En vista de esta deplorable situacion de los mexicanos, creia Cortés que lograria inclinarlos á rendirse, sin llevar hasta su término la ruina de la opulenta capital: se valió para esto de los prisioneros que tenia en su poder tomados en los últimos encuentros y tambien de muchos que aguijoneados del hambre se habian visto precisados á ir á recoger entre la laguna, las sustancias indispensables para sustentarse. Por medio de ellos hizo representar al monarca mexicano la difícil situacion en que se hallaba y la ninguna esperanza que podia tener de salvarse, cuando en su contra se habian coligado todas las naciones del Anáhuac, y él solo con su pueblo no podia contener el huracan desatado en su contra, teniendo interceptadas las comunicaciones, consumidas las provisiones, muertos sus principales guerreros y teniendo que sufrir, aun el enojo y abandono de aquellas falsas divinidades en quienes neciamente confiaba. Le ofrecia el perdon para el resto de sus súbditos y aun confirmarlo en su autoridad, con solo que se rindiera y reprodujera la obediencia al rey de Castilla, que habia prestado su antecesor Moctezuhzuma, con la principal nobleza del imperio. (8)

La cólera que inflamaba el pecho del soberano azteca, se interponia como un abismo entre las humillantes proposiciones que le hacia su contrario y la realizacion de ellas; pero el bizarro Quauhtemotzin, á la vez de tener todo el ardor de la juventud, manifestaba la reflexion de la edad madura: y reprimiendo los sentimientos su corazon, convocó á su consejo para que decidiera en un negocio de tan vital importancia. Algunos, abatidos ya por los horri-

8 Bernal Diaz, cap. 154.

bles estragos de aquella prolongada lucha, querian aceptar las proposiciones, como el único medio de salvacion; pero otros, que Prescott supone fueron los sacerdotes, se opusieron vigorosamente á esta vergonzosa resolucion, trayendo á la memoria el indigno tratamiento que se dió por los españoles al infortunado Moctezuhzuma en pago de su generosa hospitalidad: la espantosa cuanto injusta carnicería, que Alvarado hizo de la flor de su nobleza: la insaciable sed de oro, que en todas ocasiones habian manifestado los extrangeros: la profanacion de sus templos, sus dioses y su religion; y los inauditos infortunios con que habian abrumado á su pueblo. Todo esto, creian un motivo bastante para no fiarse de los españoles, que al fin los reducirian á una deplorable esclavitud: y en tal caso preferian morir con las armas en la mano, defendiendo su patria y los derechos de su libertad. Estas razones manifestadas con la elocuencia que inspiraban las circunstancias del momento, brillaron como un meteoro en la acalorada imaginacion del monarca: su sangre hirvió en su intrépido corazon; y despertados en su pecho todos los sentimientos que nacen del amor á la patria, puso término á las deliberaciones, manifestando que solo se pensara en atender á las necesidades del pueblo y que de allí adelante ninguno pensara en rendirse y solo en morir como guerreros y patriotas.

CAPITULO XXIX.

Ultimos ataques; prision de Quahute motzin: toma de la capital.

Dos dias estuvieron los españoles esperando la respuesta de la embajada: y al fin de ellos, vino á dársele en una